CENTRO GENERAL DE ADMINISTRACION.

GALERÍA LÍRICO-DRAMÁTICA.

EL AMOR CONSTIPADO.

PRECIO: 4 RS.

S. H. G.

MADRID.—1861.

IMPRENTA DE CRISTOBAL GONZALEZ,
calle de S. Vicente, núm. 52.

EL AMOR CONSTIPADO.

[15]

EL AMOR CONSTIPADO.

ZARZUELA EN UN ACTO,

ARREGLADA Á NUESTRA ESCENA

POR

D. EUGENIO MARTÍNEZ CUENDE = Obelen

Y

D. JOSÉ MARIA DE LARREA.

MUSICA DE

D. MARIANO VAZQUEZ.

Estrenada con aplauso en el Teatro de la Zarzuela el 7 de Junio de 1861.

MADRID.—1861.
IMPRENTA DE CRISTOBAL GONZALEZ,
calle de S. Vicente Alta, núm. 52.

PERSONAS.	ACTORES.
Clara.	Sra. Rivas.
Elisa.	Fernandez.
Marqués.	Sr. Obregon.
D. Claudio.	Arderius.
Celestino.	Rochel.
Un criado.	N. N.

Coro de aldeanos y aldeanas.

La escena pasa en la Granja, en el reinado de Felipe V, año de 17...

La propiedad de esta zarzuela pertenece á los señores Salas, Helguero y Gaztambide, y nadie podrá sin su permiso reimprimirla ni representarla en los Teatros de España y sus posesiones, ni en los de Francia y las suyas.

Los corresponsales y agentes del Centro General de Administracion, son los encargados exclusivos de la venta de ejemplares y del cobro de derechos de representacion en todos los puntos.

ACTO ÚNICO.

Jardin de una casa de campo, cuya entrada se halla á la derecha del actor: á la izquierda un pabellon: verja en el fondo. En primer término un velador de mármol y sobre él un canastillo con labor de tapicería. Sillas de jardin

ESCENA PRIMERA.

DON CLAUDIO.—ALDEANOS.

(Al levantarse el telon aparece D. Claudio distribuyendo remedios á los Aldeanos que le rodean y le acosan: algunos de ellos traen muletas, otros el brazo en cabestrillo, etc.)

CANTADO.

CLAUDIO.

Háganse á un lado,
tengan paciencia,
nada á mi ciencia
se ha de ocultar.
Nuevos, antiguos,
leves, mortales,
todos los males
he de curar.

UN ALDEANO.

Yo con este ojo no veo nada.

OTRO.

Yo estoy asmático.

UNA ALDEANA.

Yo estoy baldada.

UN ALDEANO.

Yo de San Vito bailo el jaleo.

OTRO.

Yo tengo un cáncer de Lucifer.

CLAUDIO (Distribuyéndoles papeles de una caja que tiene en la mano.)

Nadie se apure, que mi remedio
los coje á todos de medio á medio.
Todos los polvos de la betónica
por las narices han de sorber.

CORO.

Si el remedio consiste en sorber,
muy sencillo remedio nos dá,
sorberemos á más no poder:
quien más sorba mejor sanará.

CLAUDIO.

El remedio consiste en sorber.
Tomen... tomen, y buen sorbeton!
El más sano despues vendrá á ser
entre todos el más narigon!

CORO.

Si el remedio consiste, etc.

(Mientras repiten el coro, D. Claudio les va echando fuera: todos se alejan haciéndole reverencias. Clara ha salido de la casa al final de la escena.)

———

ESCENA II.

CLARA.—DON CLAUDIO.

CLARA.

Magnífica clientela de enfermos! Con muchas consultas como esta nos haremos ricos.

CLAUDIO.

Qué quieres? Estos son los inconvenientes de la celebridad. Apenas ha corrido por la Granja la noticia de que el médico del muy ilustre cardenal Alberoni, ministro de nuestro monarca y señor D. Felipe quinto, que Dios guarde, ha llegado al Real Sitio, acuden á consultarme de dos leguas á la redonda.

CLARA.

Pero se me figuró que á todos les dabas el mismo remedio.

CLAUDIO.

Precisamente: polvos de la yerba llamada betónica, que tienen la preciosa propiedad de hacer estornudar tomados como tabaco rapé por las narices; pero con mucha más fuerza, de una manera irresistible!

CLARA.

Bonita propiedad, á fé mia.

CLAUDIO.

No será bonita, pero es altamente saludable. Has de saber que todas las enfermedades provienen de que los humores se acumulan y detienen por falta de transpiracion: para mí todas las dolencias no son más que formas diferentes del constipado. ¿No has observado que en este pueblo abundan los tontos? Pues es porque, como el país es frio, se les constipa el entendimiento.

CLARA.

Qué manía!

CLAUDIO.

Ahí tienes por qué les doy la betónica para que estornuden: esto

les descargará la cabeza... Pero ¿á dónde tengo yo la mia, que no recordaba que me estará esperando el Marqués, nuestro amable vecino, ese jóven tan aficionado á la botánica, que me acompaña á herborizar y que...

CLARA.

Importuno!

CLAUDIO.

Importuno! un hombre que sabe clasificar las plantas por el sistema de Linneo; un hombre que arranca para mí todas las yerbas de su jardin...

CLARA.

Mira no quiera cortar alguna flor del tuyo...

CLAUDIO.

Del mio? En el mio no hay más que zarzas, setas, cardos silvestres, mientras que el suyo es un jardin de gran señor. Me estará esperando para enseñarme una planta rarísima que le han enviado de América, y vuelvo con él, porque le tengo convidado á almorzar.

CLARA.

Pero hombre...

CLAUDIO.

Sí; haz que todo esté dispuesto porque tengo ya un apetito...

CLARA.

Pero, Claudio, es que...

CLAUDIO.

Nada, nada... Voy á buscarle y vuelvo con él al momento. (Váse por la verja.)

ESCENA III.

CLARA.—Despues ELISA.

CLARA.

Este hombre no ve nada: será preciso decirle...

ELISA. (Saliendo del pabellon y mirando por el lado que se marchó don Claudio.)

Mucho tarda hoy... Ah! allí está con mi cuñado, á la puerta de su jardin... sí, él es...

CLARA.

Quién!

ELISA.

(Mi hermana.) Es... es Claudio, tu marido, á quien veo allí enfrente.

CLARA.

Y por eso estás tan conmovida?

ELISA.

Conmovida yo? No tal.

CLARA. (Con intencion.)

Está solo mi marido?

ELISA. (Vivamente.)

Oh, no!

CLARA.

Ah!

ELISA. (Conteniéndose.)

Es decir, me parece que desde aquí se le ve...

CLARA.

Sí, en efecto; ya estaba yo segura de que no te equivocabas...

ELISA.

He mirado por casualidad... Me gusta ver volver á mi cuñado con todas esas hermosas plantas que suele traer cuando va á herborizar por estas cercanías.

CLARA.

Debe ser un placer muy grande el de herborizar, cuando mi marido ha hecho tambien otro prosélito, el Marqués nuestro vecino, que debia haber vuelto á la córte al dia siguiente de llegar nosotros al sitio, y que aun permanece aquí á causa de esa repentina pasion que le ha entrado por la botánica.

ELISA.

Por eso anda siempre con Claudio... Apuesto á que hoy almuerza con nosotros.

CLARA.

Ah! sabias?...

ELISA.

No; pero como suele casi todos los dias...

CLARA.

Y á tí no te pesará seguramente de que así sea, porque su conversacion parece agradarte.

ELISA.

Mira, hermana mia; como me habeis educado en un convento hasta los diez y seis años, yo deseaba ver Madrid, ver la córte. Me sacais para traerme á esta quinta...

CLARA.

A dos pasos de un Sitio Real, donde está el rey y lo mejor de la nobleza.

ELISA.

Sí, pero yo, como no salgo de aquí, no veo á nadie más que á vosotros y..... al Marqués: y como es tan elegante y tiene tan buenas maneras, qué tiene de particular que yo las estudie... por curiosidad?

CLARA.

Nada ciertamente. Pero veo que se dirigen los dos hácia aquí y Claudio me encargó que tuviera pronto el almuerzo... Ven á ayudarme.

ELISA. (Con sentimiento.)

Bueno...

CLARA.

Así te distraerás... No es saludable estudiar siempre.

ELISA. (Dirigiéndose hácia la casa.)

Qué lástima!

CLARA.

(Se va interesando por él más de lo que yo creia... Es preciso que yo hable al Marqués en cuanto Claudio se aleje.) (Vánse.)

ESCENA IV.

CLAUDIO.—EL MARQUÉS.

CLAUDIO. (Viene cargado con un gran tiesto.)

Qué amabilidad, señor Marqués: privarse por mí de tan bella planta!

MARQUÉS.

Eso no vale nada, amigo mio.

CLAUDIO.

Cómo que no vale nada? La más bella especie de las *cucurbitáceas* que he vista nunca!

MARQUÉS.

Sí; es una calabaza de América..... Como dijísteis que os gustaba....

CLAUDIO.

Me encanta... Una hermosa calabaza amarilla...

MARQUÉS.

Pues por aquí no faltan...

CLAUDIO.

Oh! de este tamaño... porque á mí me gustan gordas, muy gordas.....

MARQUÉS.

(Sí; como tú.)

CLAUDIO.

Agradezco mucho un regalo tan de mi gusto. Y vais á llevar vuestra bondad hasta el punto de interesaros con el rey...

MARQUÉS.

Para ese título de conde que deseais obtener...

CLAUDIO.

Pues; no seré el primer médico... Puesto que hay médicos con título, médicos titulares y médicos titulados, quiero ser de estos últimos. Solo me preocupa la denominacion que he de tomar. No seria mal título conde de la Ventosa; pero prefiero titular de alguna planta como el tusílago, la...

MARQUÉS.

Siempre la aficion á la botánica...

CLAUDIO.

Es mi pasion! Y tambien será la vuestra cuando yo consiga haceros conocer todos los simples.

MARQUÉS.

Conozco ya alguno desde que soy vuestro discípulo.

CLAUDIO.

Oh! me lisonjeais... Pero cáspita! esto pesa... Si fuérais tan bueno que me permitiérais ir á ponerlo en mi estufa...

MARQUÉS.

Oh! si no me tratais con más confianza...

CLAUDIO.

Vuelvo al momento; y almorzaremos y pasaremos juntos todo el dia, eh?

MARQUÉS.

Os empeñais de un modo que no es posible resistir.

CLAUDIO.

Oh! (Este hombre me adora: come conmigo y me regala calabazas amarillas! Delira por mí.) (Vase.)

ESCENA V.

EL MARQUÉS.

Majadero! Empeñado en ser un segundo Linneo, me fatiga con sus tonterias; pero me es preciso seguirle la corriente para entrar en su casa y poder ver á su cuñada Elisa, esa criatura tan linda y tan inocente, dos cualidades que no siempre se encuentran reunidas. Si bajara al jardin mientras estoy solo...

CANTADO.

No iré más por los bosques
herborizando:
ya encontré aquí la rosa
que iba buscando.
Rosa preciada
que se abre hoy al rocío
de la alborada.

—

Como no se hallan rosas
sin una espina,

esta tiene una hermana
sagaz, ladina,
que al acercarme,
á su lado está siempre
para clavarme.

—

Mas si logro atraerte
con blando arrullo,
al caer en mis brazos,
tierno capullo,
la espina fiera
sabré evitar de modo
que no me hiera.

(Al acabar de cantar el Marqués, sale Clara y llega cerca de él sin ser vista hasta que le llama, segun indica la escena siguiente.)

ESCENA VI.

CLARA.—EL MARQUÉS.

CLARA.

Marqués..

MARQUÉS. (Volviéndose.)

Eli... Señora...

CLARA.

(Ya le espanté.)
No me esperaba ahora?

MARQUÉS.

Sí... (Me clavé!)

CLARA.

Quizá al pié de la loma
el cazador
reclamo á la paloma
pone traidor.
El corazon del pecho
quiere saltar

si cerca del acecho
oye volar.
Alas cortando el viento
siente crujir;
al cabo va su intento
á conseguir.
Mas qué pesada broma
burla su afan,
si en vez de la paloma
ve al alcotan!

MARQUÉS.

Ya que fué tan precisa
vuestra alnsion,
cierto es que inspiro á Elisa
dulce pasion.
Y aunque esté mi paloma
lejos de aquí,
su amor cual puro aroma
llega hasta mí.
Su vuelo no me diga
equivoqué;
que era de ave enemiga
adiviné.
Mas si sabe la que amo
cual yo esperar,
creed que á mi reclamo
no ha de faltar.

CLARA.

Con que os ama?

MARQUÉS.

Tal presumo,
que la llama
por el humo
fácil es de adivinar.

CLARA.

No sois lego,
mas presumo

que no hay fuego:
y solo el humo
fácil es de disipar.

MARQUÉS.

Sois vos viento?

CLARA.

Viento y fuerte.

MARQUÉS.

Pues presiento
que por suerte
más la hoguera encendereis.

CLARA.

Bueno fuera!
Sois discreto,
mas la hoguera
yo os prometo
que encender no lograreis.

—

Cándida niña
que nunca oyó
las dulces frases
de un seductor,
muy mal guardára
su corazon
si yo no hiciera
guerra á ese amor.

MARQUÉS.

Cándida niña
me enamoró,
y aunque lo sienta
vuestro rigor,
ha de ser mio
su corazon,
por más que hiciéreis
guerra á mi amor.

———

MARQUÉS.

Pero, señora, vos habeis provocado este *casus belli* y sereis responsable de las consecuencias. Aunque la bella Elisa me inspire simpatías, no veo el motivo de...

CLARA.

Yo tampoco me alarmé al principio, pareciéndome que nada tenia de particular ese amor, siendo vos soltero y ella tambien; pero he pedido á Madrid informes y me han escrito de vos divinidades.

MARQUÉS.

Hola!

CLARA.

Me dicen que sois peligroso al lado de una jóven honrada, que perteneceis á una sociedad de calaveras que han jurado todos no casarse nunca...

MARQUÉS.

(Malo!) Pero, á fe mia, aunque fuera un Tenorio...

CLARA.

Por tal os tienen.

MARQUÉS.

Lisonjeais mi amor propio. Qué hallais en mí?...

CLARA.

Qué sé yo?... Vuestras maneras distinguidas, vuestro aplomo, la habilidad con que arrugais vuestra valona y jugais con vuestra caja de tabaco...

MARQUÉS.

Ah! á propósito. Acabo de recibir de Madrid la caja que os habia ofrecido para que hiciérais un regalo á don Claudio, que desea entrar en la moda, tan generalizada hoy en la córte, de tomar tabaco. Dignaos aceptarla llena de exquisito rapé.

CLARA.

En verdad que no sé si debo...

MARQUÉS.

Por qué no? Mi bella enemiga desea obsequiar á su esposo, y no creo que me hará un desaire...

CLARA. (Tomando la caja.)

Gracias, señor Marqués. Sois un cumplido cortesano, y si fuérais de nuestra clase y pensárais en casaros con mi hermana, os aceptaria muy gustosa por cuñado.

MARQUÉS.

(Zape!)

CLARA.

Pero veo que no son esas vuestras ideas, y el deber fraternal me aconseja haceros la guerra. Creedme, vais á perder aquí el tiempo... Vamos á ver, ya que sois tan amable, no me haríais el obsequio de privarnos de vuestra apreciable presencia?

MARQUÉS.

Es la única prueba de amabilidad que no os puedo dar.

CLARA.

Insistis?

MARQUÉS.

Aunque no fuera más que por el honor de luchar con vos.

CLARA.

Pues bien, apostemos á que antes de la noche quedais vencido?

MARQUÉS.

Admito la apuesta. Qué apostais?..

CLARA.

El qué...

MARQUÉS.

Esa misma caja de tabaco.

CLARA.

Corriente: os la devolveré si en lo que queda de dia no os obligo á tocar retirada.

MARQUÉS.

Y yo si salgo vencido, perderé esta sortija. Sé que empezareis por denunciarme á vuestro marido; pero don Claudio me tiene cariño, es un hombre de talento, y...

CLARA.

Y como tal, capaz de cometer cualquier tonteria. No temais, pues, que recurra á él... Á mí será únicamente á quien encontrareis por

todas partes en vuestro camino, destruyendo todos vuestros planes, parando todos vuestros ataques y... estad seguro de que no lograreis engañar á mi hermana. (Saluda y se va.)

ESCENA VII.

EL MARQUÉS.—Despues CELESTINO.

MARQUÉS.

Es un reto formal... Muy bien! Lo único que faltaba á Elisa era el atractivo de la dificultad... Pero su hermana va á suscitarme todo género de contrariedades... Y supuesto que yo tengo el derecho de represalias, no seria malo promoverla alguna cuestion personal que la impidiera...

CELESTINO. (Saliendo.)

Señor...

MARQUÉS.

Qué quieres?

CELESTINO.

Señor, que me ajusteis la cuenta.

MARQUÉS.

La cuenta? Y por qué?

CELESTINO.

Porque mi moralidad me prohibe continuar siendo el cómplice de lo que vos llamais vuestras aventuras galantes.

MARQUÉS.

Cómo, tunante? tu moralidad?

CELESTINO.

Sí señor; mi moralidad... y mi interés.

MARQUÉS.

Ah! eso es otra cosa.

CELESTINO.

Diantre! Es tan frecuente confundir la una con el otro.

MARQUÉS.

Y bien; veamos. Qué interés?

CELESTINO.

Es que... pienso casarme con Dionisia, la hija del jardinero de don Claudio, el cual es su padrino y la tiene prometido un buen dote; pero dicen que don Claudio es muy celoso, puede abrir los ojos de un momento á otro, y ¿cómo quereis que dé su ahijada en matrimonio al criado, al confidente del hombre que ha seducido á su muger?

MARQUÉS.

Cómo! á su muger?

CELESTINO.

Sí señor; á doña Clara.

MARQUÉS.

Y quién diablos te hace suponer que yo quiera seducirla?

CELESTINO.

Oh! no lo supongo.

MARQUÉS.

Explícate.

CELESTINO.

Esta mañana me encontré á doña Clara, que al verme me llamó y me dijo: «Celestino, esta onza de oro es para tí si me cuentas las más ruidosas aventuras galantes que tu amo haya tenido en Madrid »

MARQUÉS.

Y tú...

CELESTINO.

Hé aquí la onza.

MARQUÉS.

Ah! traidor, con que has revelado...

CELESTINO.

Señor, por vuestro propio interés. ¿No me teneis encargado que sea indiscreto sobre el capítulo de vuestras conquistas?

MARQUÉS.

En Madrid, sí; pero aquí es diferente... ¿Y doña Clara...

CELESTINO.

Oh! en sus preguntas, que se sucedian unas á otras sin interrupcion, y en la avidez con que escuchaba hasta los menores detalles, he sospechado al momento que os ama; porque si no ¿qué interés podia podia tener ella en saber la historia de vuestros amoríos?

MARQUÉS. (Aparte.)

(Hé aquí á mi enemiga provista de municiones contra mí por este tunante. No ha perdido el tiempo; ya está minando el terreno bajo mis piés... Es preciso que yo prepare una contramina.)

CLAUDIO. (Dentro.)

Que nadie toque á ese tiesto...

MARQUÉS. (Aparte.)

(El marido... Mi plan está formado...) Celestino...

CELESTINO.

Señor.

MARQUÉS.

Escucha... (Llevándole al lado opuesto de la casa.)

ESCENA VIII.

DICHOS.—DON CLAUDIO.

MARQUÉS. (Alzando la voz y con tono misterioso.)

Es preciso que me ayudes á engañar á don Claudio.

CLAUDIO.

Eh! (Deteniéndose á la puerta de la casa.)

CELESTINO.

Conque era verdad?

MARQUÉS.

Sí; su mujer me inspira una pasion ciega.

CLAUDIO.

(Qué escucho? Bueno es saberlo!)

MARQUÉS.

Pasion que espero ha de ser muy pronto correspondida.

CLAUDIO.

(Horror! Bueno es saberlo!)

MARQUÉS.

De modo que es preciso que me ayudes á engañar al marido por su propio bien.

CELESTINO.

Canario!

CLAUDIO.

(Por mi bien?)

MARQUÉS.

Tú sabes el talento que tiene don Claudio...

CLAUDIO.

(Oh! en cuanto á eso...) (Envaneciéndose.)

CELESTINO.

Sí; no tiene dos adarmes...

CLAUDIO.

(Hum! Qué dice? Sin duda he oido mal.)

MARQUÉS.

Si él se apercibe de lo que pasa, querrá cerrarme su casa, esto produciria una cuestion y no tendré más remedio que matarle.

CLAUDIO.

(Demonio!)

MARQUÉS.

Tú comprendes que si le matára tendria yo un gran sentimiento.

CLAUDIO.

(Y yo tambien!.. Pero tengo lástima de tí: procuraré evitarte ese remordimiento.)

MARQUÉS.

Mientras que si tú me ayudas á alejarle con destreza de su mujer, porque si él está siempre al lado de doña Clara no consigo nada...

CLAUDIO. (Vivamente.)

(No me aparto de ella más!)

MARQUÉS. (Volviéndose y finjiendo sorpresa.)

Alguien llega...

CELESTINO.

Don Claudio!

MARQUÉS.

Chits! cállate. (Yendo al encuentro de don Claudio.) Ah! mi querido amigo!

CLAUDIO.

(Su querido amigo.)

CELESTINO.

(Pobre hombre!)

MARQUÉS. (Fingiendo inquietud.)

No hacíais más que llegar, no es cierto?

CLAUDIO.

(Disimulemos.) Nada más.

MARQUÉS.

Encargaba á Celestino que enviára á la córte á otro de mis criados para activar el negocio del título que deseais.

CLAUDIO.

El título!..

MARQUÉS.

No pienso más que en eso. Quiero haceros titular...

CLAUDIO.

Muchas gracias!..

MARQUÉS.

Celestino, puedes volver á casa y decir que no me esperen: almuerzo con don Claudio: paso aquí todo el día.

CLAUDIO.

(Y he sido yo mismo quien le ha convidado.)

CELESTINO.

Bien, señor. (Vase.)

MARQUÉS.

Ya están aquí las señoras. (Mirando adentro.)

CLAUDIO.

(Oh! no me despegaré del lado de mi pérfida!)

ESCENA IX.

CLARA, ELISA.—EL MARQUÉS. DON CLAUDIO.

MARQUÉS. (Saludando.)

Señoras...

CLAUDIO.

Clara, Clara, ven aquí... (Pasando por delante del Marqués y de Elena, y llevándose á Clara á un extremo del teatro.)

CLARA.

Dios mio! Qué cara pones!.. Qué te pasa?

CLAUDIO.

(Y lo pregunta!)

MARQUÉS.

Serán calambres en el estómago, porque cuando llegamos tenia un apetito...

CLAUDIO.

Y le tengo todavía, y eso que... Pero el estómago es un tirano inflexible... (Poniéndose las manos en el estómago.) Ay!

CLARA.

Pobre Claudio! Afortunadamente Elisa se ha encargado de disponer el almuerzo.

ELISA.

No tardarán en avisarnos.

CLAUDIO.

Gracias, mi querida cuñada.

MARQUÉS. (En voz baja á Elisa.)

Siempre buena, siempre sensible... Ah! si todos los que padecen tuvieran piedad en ese corazon!

CLARA.

Eh! Qué decís? (Observándolos y adelantándose hácia el Marqués.)

CLAUDIO. (Deteniéndola.)

Estate quieta.

MARQUÉS.

(Perfectamente! esto es lo que yo deseaba. Me deja libre de ella.) (Pasea hablando con Elisa.)

CLAUDIO. (A Clara que hace un movimiento.)

¿Dónde vas?

CLARA.

Á continuar mi tapicería allí.

CLAUDIO.

Continuarás tu tapicería aquí. (Se dirige á buscar la tapicería que está sobre el velador.)

CLARA.

(Aquí, eso es... y entretanto delante de mis ojos...) (Alto.) Marqués...

CLAUDIO.

Eh! (Volviendo precipitadamente al lado de Clara.)

MARQUÉS. (Volviendo con Elisa.)

Señora...

CLARA.

Debe ser alguna historia muy agradable la que referís á mi hermana, cuando escita así su jovialidad.

MARQUÉS.

Oh! Hablábamos de la desigualdad de temperatura que se observa en este Sitio, y la cual es causa de que haya tantos constipados.

ELISA.

Y yo decia al Marqués que tengo la debilidad de reirme estrepitosamente cuando veo estornudar á alguno.

MARQUÉS.

Y tiene usted mil razones. ¿Hay nada más ridículo que un estornudo? Un amigo mio perdió un enlace ventajosísimo por haber estornudado tres veces cuando iba á firmar el contrato. La novia se rió y...

ELISA.

Yo hubiera hecho lo mismo.

CLARA.

Y pertenece el del estornudo á la amable sociedad de calaveras que han jurado no casarse nunca? (A Elisa.) De ella forma parte el Marqués.

ELISA.

Cómo!

MARQUÉS. (Bajo á Elisa.)

No es cierto. (Á Clara.) Os han informado mal.

CLARA.

Oh! todo se sabe. Ha llegado ya hasta aquí el rumor de vuestros amores y de vuestras infidelidades.

CLAÚDIO.

(Esto es que tiene celos!)

CLARA. (Al Marqués.)

Negareis, por ejemplo, que robásteis á la hija de un oidor de la Audiencia de Valladolid el mismo dia de su casamiento?

ELISA.

Jesus!

CLAUDIO.

Horror!

CLARA.

¿Que llevásteis á una condesa italiana á un sarao de palacio, donde la dejásteis abandonada como otra Ariadna?

ELISA.

Ah!

CLAUDIO.

Oh!

CLARA.

¿Que dejásteis á una camarista por una marquesa, á la marquesa por su doncella, á la doncella por una comedianta?...

MARQUÉS. (Interrumpiéndola.)

Señora, por favor; os han engañado: yo no soy capaz...

CLARA.

Sois demasiado modesto.

CLAUDIO.

Sí; sois demasiado... Digo, no! (Ella le lisonjea!)

MARQUÉS.

Me han calumniado; pero protesto...

CLARA.

Lo sé de buena tinta.

CLAUDIO.

Eso es; de buena tinta... negra, enteramente negra; muy negra!

MARQUÉS.

No puedo en este momento dar pruebas, pero...

CLARA.

Hay un medio muy sencillo de convencernos de que estamos engañados.

MARQUÉS.

Cuál?

CLARA. (Pasando al lado del Marqués.)

No teneis más que decir: «Juro por mi honor de caballero que todo eso es falso.»

MARQUÉS.

(Lazo infernal!)

CLAUDIO.

(Muy bien! Y entre tanto, á ver, ¿qué figura estoy yo haciendo aquí?)

ELISA (Viendo el silencio del Marqués, pasa al lado de su hermana.)

Parece que el señor Marqués no tiene nada que responder.

MARQUÉS.

(Vive Dios! No tengo más que una virtud, y esa se vuelve contra mí.)

CLARA.

El señor Marqués no puede hacer un juramento falso sobre su honor. De modo que las noticias que teniamos eran ciertas. Todas sus numerosas víctimas no han tenido más que la infidelidad y el abandono por premio de su amor.

CLAUDIO.

(Entonces ¿por qué le amas tú tambien? Esto es estúpido, sí señor, estúpido!)

MARQUÉS (A Elisa.)

Señorita, puesto que me han acusado delante de vos, necesito justificarme.

ELISA (Con despecho.)

Y á mí, qué me importa todo eso? Verdadero ó falso, tanto peor para vos.

CLARA (Que la observa.)

(He vencido!)

ESCENA X.

UN CRIADO.—DICHOS.

CRIADO.

El almuerzo está en la mesa. (Entra en la casa.)

CANTADO

CLAUDIO.

El almuerzo!... (Qué me place!
Esto me consolará.
Con la cólera me atrevo
medio pavo á devorar!)
A la mesa.

MARQUÉS. (Ofreciendo el brazo á Elisa.)

El brazo mio,
bella Elisa...

ELISA. (Rehusándole.)

Oh! no: apartad.
Hoy no tengo yo apetito,
sola aqui voy á quedar.

MARQUÉS.

Oh! qué extraña simpatía,
bella Elisa, me inspirais;
yo tampoco tengo gana,
bien os puedo acompañar.

CLARA.

(Eso no!) La inapetencia
epidemia es hoy acá:
yo tampoco almorzar quiero...
Anda tú, Claudio, á almorzar.

CLAUDIO.

(Estando Elisa
no la ha de hablar....)
Voy, que mi estómago
voces me dá.

(Se dirige á la casa.)

ELISA. (Volviendo la espalda al Marqués.)

Yo me retiro;
me siento mal.

CLAUDIO. (Volviéndose y viniendo rápidamente á colocarse entre Clara y el Marqués.)

(Cáspita! solos
van á quedar!)
(A Elisa.)
Pero, qué tienes?

ELISA.

Nada será...
No te detengas,
vete á almorzar.

CLAUDIO.

Pero tú, Clara. .

CLARA.

Déjame en paz!...
No te detengas,
vete á almorzar.

CLAUDIO.

Marqués, yo espero...

MARQUÉS.

No os detengais...
Queda Clarita,
id á almorzar.

CLAUDIO.

Puede el almuerzo
sentarme mal...
No he de moverme!...
no he de almorzar!

ELISA y CLARA.

Vete á almorzar.

MARQUÉS.

Id á almorzar.

CLAUDIO.

No he de almorzar!

Almorzar!... almorzar!... Muchas gracias.... se me ha pasado tambien el apetito.

MARQUÉS.

Siendo así, y toda vez que estas señoras no quedan solas, voy con su permiso á dar algunas órdenes á mi criado. (Váse.)

CLAUDIO. (Acompañándole.)

Id con Dios!... (La del humo!) Ya siento otra vez apetito... Voy á desquitarme! (Entra en la casa en cuanto ve desaparecer al Marqués.)

ELISA.

Ah! Soy bien desgraciada! (Entra en el pabellon.)

ESCENA XI.

CLARA.

Victoria!... El enemigo huye derrotado!.. Pobre Elisa! Mis consejos hubieran irritado su vanidad, pero ahora en vista de mis acusaciones, de la turbacion del Marqués... metamórfosis completa... Oh! qué alegria!... Poder decir, «he salvado á mi hermana...» Hay tantas que apenas pueden salvarse á sí mismas!...

ESCENA XII.

CELESTINO, que entra por la verja del fondo con un papel en la mano.—CLARA.

CLARA.

Hola! Celestino!

CELESTINO.

Señora!...

CLARA.

Qué traes por aquí?

CELESTINO.

Una cartita de mi amo.

CLARA.

(Será la despedida.) (Alto.) Para mi marido?

CELESTINO. (Con socarronería.)

No, señora... Me parece que la carta no está destinada á ningun... marido.

CLARA.

Qué dices?

CELESTINO.

Á juzgar por la prisa que el señor Marqués se ha dado para escribirla y por lo que me dijo al dármela!..... «Toma y llevá corriendo este papel á la cuñada del Sr. Ventosa...»

CLARA.

(A mi hermana!.. Se atreverá todavia!..) (Alto.) Elisa no está aquí. Dame la carta... y yo ..

ESCENA XIII.

DON CLAUDIO por la izquierda.—DICHOS.

CLAUDIO.

He engullido á lo pavo!... Cielos!... El criado del Marqués con mi muger... (Quédase escondido y procurando no ser visto.)

CLARA. (A Celestino.)

Dámela.

CELESTINO.

No sé si haré bien, pero ya que os empeñais! (Mirando á la derecha.) Nadie podrá vernos?

CLARA. (Estendiendo la mano derecha para tomar el papel y mirando al lado opuesto.)

Eh!... No...

CELESTINO.

Dejando el papel en manos de Don Claudio, que se ha colocado detrás de ellos sin ser visto.)

Tomad. (Don Claudio lo toma y se retira al fondo.)

CLARA. (Impaciente, volviéndose hácia Celestino.)

Vamos.

CELESTINO. (Volviendo hácia Clara.)

Decís?

CLARA.

Donde está?

CELESTINO.

El qué?

CLARA.

La carta.

CELESTINO.

Si la habeis cogido...

CLARA....

Yo!...

CELESTINO.

Me parece...

CLARA.

Basta de bromas!

CELESTINO.

Á menos que no haya brujas!

CLAUDIO (Qué concluye de leer la carta.)

Cantárida!...

CLARA.

Mi marido!...

CELESTINO.

El marido!.. Piés, para qué os quiero!.. (Váse corriendo por la verja.)

CLARA.

Qué has hecho?

CLAUDIO.

Apoderarme de esta carta, señora. Negareis...

CLARA.

Yo no niego... tú eres quien olvidas...

CLAUDIO.

No tal... quien me olvida sois vos...

CLARA.

Devuélveme esa carta...

CLAUDIO.

Devolverla..... Daros esta prueba de vuestra..... No me creais tan inocente...

ESCENA XIV.

ELISA.—DON CLAUDIO. CLARA.

ELISA.

Qué pasa aquí? Riñendo?...

CLAUDIO.

Llegas á tiempo, Elisa.

ELISA.

Qué sucede?

CLARA.

(Habrá adivinado!...)

CLAUDIO.

El Marqués tiene proyectos de seduccion... se ha urdido aqui una intriga amorosa... y esa intriga...

CLARA.

Qué estás diciendo?

CLAUDIO.

Estoy seguro... segurísimo... completamente seguro... Tengo la prueba en mis manos... y esa prueba... héla aquí. (Enseña la carta.)

ELISA.

Una carta!

CLAUDIO.

Una carta amorosa escrita por el señor Marqués á la culpable que se ha atrevido á darle esperanzas.

ELISA.

(Estoy perdida!)

CLARA.

(Pobre Elisa.)

CLAUDIO.

La culpable está aquí...

ELISA.

Te juro...

CLAUDIO.

No jures... la culpable... es la señora de Ventosa... es mi muger!..

ELISA.

Clara?

CLARA.

Yo!.. (Debia esperar una nueva torpeza...)

ELISA.

Claudio, debes estar equivocado... quizás esa carta no será una carta amorosa...

CLAUDIO.

Sé lo que me digo... Es el amor en extracto... la quinta esencia del amor. Y en prueba de ello... (Hace ademan de abrir la carta.)

CLARA.

Vas á leerla?

CLAUDIO.

Por qué no?

CLARA.

(Lo que yo queria evitar!)

ELISA.

(Quizás me escribe á mí para ablandarme, pero no lo espere.)

CLAUDIO.

Escucha. (Lee.) «Señora: vos que pareceis ser sensible á mi amor.» (Declamando.) Sensible! lo ves? sensible! (Lee.) «me condenareis sin oir-«me? Confieso francamente que he sido culpable mucho tiempo.» (Declamando.) Se le figurará que hoy es inocente? (Lee.) «Qué prueban esas »faltas de que antes se me acusaba? El imperio que ejerceis en mí, »toda vez que por vos sola he renunciado para siempre á esos triunfos »que hoy maldigo...»

ELISA.

(Será verdad?)

CLARA.

(Cómo escucha!)

CLAUDIO.

«Vos me volveis al amor honrado y puro...» (Declamando.) Llamar á esto amor honrado... Bribon!.. Y yo?

CLARA.

Basta yá...

CLAUDIO.

No basta: quiero confundirte, anonadarte... (Lee.) «Veros, estar á »vuestro lado, escuchar vuestra voz es todo lo que pido: alcanzar »el bien bajo vuestra égida es mi más ardiente anhelo.»

ELISA.

(Oh! qué nobles sentimientos!)

CLAUDIO.

Ya lo vés... Alcanzar el bien... cuando ese bien es el bien ageno... Malvado!

ELISA.

(Sí .. no hay duda... ese debe ser el lenguaje de la verdad)

CLARA.

(Se ha conmovido!)

CLAUDIO.

Me parece que esto es claro...

ELISA.

Pero... los sentimientos expresados en esa carta...

CLAUDIO.

Ocultan las más pérfidas intenciones...

ELISA.

Tus sospechas deben ser infundadas... Acaso esa carta no seria para Clara...

CLAUDIO.

Engañarme yo!.. Todavía me suena en los oidos...

CLARA.

(Ya adivino! El Marqués le habrá inducido á sospechar de mí, para que no me deje un momento y no pueda vigilarle... Bien jugado, Marqués; pero habrá revancha!..)

ELISA.

Claudio, yo no debo consentir que mi hermana sea por más tiempo víctima de injustas sospechas... Clara es inocente... Sabe...

CLARA. (Interrumpiéndola.)

Querida Elisa, no te afanes en negarlo... Claudio tiene razon...

ELISA.

Cómo!..

CLAUDIO.

Y lo confiesa!

CLARA.

No soy tan inocente como crees, toda vez que he tenido la debilidad de escuchar las declaraciones del Marqués.

ELISA.

Él!.. declararse... á tí!..

CLAUDIO.

Ya lo oyes!..

CLARA.

Sin embargo, no es por esto menos ridículo el enojo de mi marido. Yo no puedo evitar que un hombre me encuentre bonita y me lo diga... De esto á faltar á mis deberes...

ELISA.

Y te ha dicho que te amaba?

CLARA.

Te parece imposible?..

CLAUDIO.

Y te atreves á decirlo en mis barbas!..

CLARA.

Por qué no, cuando tu sagacidad lo ha descubierto!

ELISA.

(Hombre vil!.. Le detesto!..)

CLARA.

No hay que apurarse... todavía se puede arreglar. .

ELISA.

Cómo!

CLARA.

No nos incomoda á todos su presencia? Pues despidámosle.

CLAUDIO.

Es cierto.

CLARA.

Yo me encargo...

CLAUDIO.

Tú? no!

CLARA.

Despídele tú.

CLAUDIO.

No... yo tampoco.

CLARA.

No eres el amo?

CLAUDIO.

Sí... pero... ya se vé... yo me conozco... Soy un poco vivo de génio... él es valiente... podriamos enfadarnos y...

CLARA.

Comprendo.

CLAUDIO.

La prudencia aconseja que en el caso presente, quien debe hablar al Marqués es una persona desinteresada... Elisa, por ejemplo.

ELISA.

Yo!

CLARA.

(Ah! qué hombre!...)

CLAUDIO.

Tomas el pretesto que mejor te cuadre...

ELISA.

Pero...

CLAUDIO.

Uno cualquiera... las mujeres los teneis siempre á mano... Podrán faltaros razones, pero pretestos, nunca.

CLARA.

(Si se queda sola con él, adios mi obra.)

CLAUDIO.

Ea! ya está arreglado; vamos, Clara, vamos.

CLARA.

No; me quedo con Elisa.

CLAUDIO.

Quieres verle otra vez... quieres...

CLARA.

Si desconfias, quédate.

CLAUDIO.

Para que me pida una satisfaccion... gracias.

ESCENA XV.

LOS MISMOS.—EL MARQUÉS Y CELESTINO (Por el fondo.)

MARQUÉS. (Bajo á Celestino.)

Torpe! dar la carta á Clara...

CLAUDIO.

Cielos!... él!...

CELESTINO. (Bajo al Marqués.)

Señor... yo creí...

MARQUÉS.

Véte. (Váse Celestino.)

CLAUDIO. (Dirigiéndose hácia la casa.)

Oh! señor Marqués!

MARQUÉS.

Os vais?

CLAUDIO.

Sí; os dejo con las señoras... (No se dirá que soy celoso.) Creo que Elisa está así con vos... Con que... hasta la vista. (Entra en la casa.)

ESCENA XVI.

ELISA. CLARA. EL MARQUÉS.

MARQUÉS.

Me acerco temblando con lo que acabo de oir.

CLARA.

Vos tan tímido, Marqués!

MARQUÉS.

Siempre es tímido el corazon que sufre...

CLARA.

El vuestro no está habituado á sufrir largo tiempo.

MARQUÉS.

Eso depende de quien le ha herido.

CLARA.

Hay heridas que no son profundas.

MARQUÉS.

Y las hay que son incurables.

ELISA.

(Y se atreve á mirarme!)

MARQUÉS. (A Elisa.)

Por la nube que oscurece ese semblante conozco que no me han engañado... Estais preocupada...

ELISA.

Al contrario... estamos muy alegres...

MARQUÉS.

Podrá ser... pero no lo parece.

ELISA.

Cuando habeis llegado, Clara y yo nos reíamos de una aventura que nos han referido, y que á mi vez voy á contaros.

MARQUÉS.

Soy todo oidos.

ELISA.

Un hombre reputado como extremadamente hábil en el arte de enamorar, hacia la corte al mismo tiempo á dos hermanas; y con tal destreza repartia sus protestas de amor y sus juramentos, que por algun tiempo las dos creyeron el engaño.

MARQUÉS.

Ah!

ELISA.

Mas la casualidad provocó entre ambas una explicacion, y justamente irritadas con tan increible conducta acordaron despedir al seductor por partida doble.

MARQUES.

De veras? (A Clara.) Bien, muy bien. (Ahora me toca á mí.)

ELISA.

Qué os parece la anécdota, Marqués? No es interesante?

MARQUÉS.

Si es verdadera...

ELISA.

Es histórica.

MARQUÉS.

No lo dudo, y cabalmente me trae á la memoria otra, que tiene con esa alguna semejanza.

CLARA.

(Qué inventará?)

MARQUÉS.

Á un hombre muy calumniado, le colocó la suerte entre dos hermanas, encantadoras las dos, las dos dignas de sus homenages y de su amor. El héroe de mi historia, al contrario del vuestro, daba su corazon, pero no lo repartia: amaba con pasion, como solo se ama una vez en la vida...

CLARA.

Á las dos?

MARQUÉS.

Á la más jóven.

ELISA.

Ah!...

MARQUÉS.

Pero tuvo la desgracia de agradar á la mayor.

CLARA.

Qué decís?

MARQUÉS.

Sí, señora... sin quererlo, sin desearlo él, la agradó. (Á Elisa.) Ya veis si era digno de compasion... Acaso su amor, la fuerza y rectitud de sus sentimientos habian conmovido al ángel que los habia hecho nacer; cuando la otra hermana, celosa, despechada, porque sus indicaciones no eran atendidas...

CLARA.

Sus indicaciones! Marqués!

MARQUÉS.

Perdonad la palabra... pero soy un historiador fiel.

ELISA.

(Será posible?)

MARQUÉS.

Como iba diciendo: la desdeñada, furiosa, por vengarse del hombre á quien no habia podido encadenar á su carro, le supuso un amor que no tenia...

ELISA.

(Oh si fuera verdad!)

CLARA.

Pero...

MARQUÉS.

Ciega de enojo y de cólera, dicen que hasta llegó á acusarse á sí misma.

ELISA.

(Es verdad.)

MARQUÉS.

Y que una carta escrita para su hermana, fué interceptada por ella.

ELISA.

(En efecto!)

CLARA.

Pero, Marqués, esa historia...

MARQUÉS

Tuvo un desenlace trágico... El infeliz amante, no pudiendo triunfar de la calumnia en que se veia envuelto...

ELISA.

Y bien...

MARQUÉS.

Se mató.

CLARA.

Já, já, já...

ELISA.

Se mató!..

MARQUÉS.

Y la que él habia amado verdaderamente, conoció tarde su error.

ELISA.

Desdichada!

CLARA.

Marqués, os dais muy buena traza para inventar cuentos.

ELISA.

Por qué ha de ser esto un cuento?

CLARA.

Serás capaz de creer...

ELISA.

Yo creo lo que es verosímil... y confieso que esa historia me ha commovido. (Clara me engañaba.)

CLARA.

(Vencida otra vez. No hay más que un medio de triunfar... el ridículo! Pero con su talento... su elegancia...)

MARQUÉS. (A media voz.)

Y bien, Clara, qué decís?

CLARA. (Al Marqués.)

Burlaos, Marqués, cuanto os parezca; pero tened en cuenta que aun no es vuestra la victoria.

MARQUÉS.

Oh! la tengo en mis manos.

CLARA.

Lo veremos. Ven, Elisa.

MARQUÉS. (A Elisa.)

Os espero. (Entran en la casa.)

ESCENA XVII.

EL MARQUÉS.

Brabo! Oh! mi señora doña Clara, os habeis batido bien, justo es confesarlo, pero en esta batalla, luchábais con un hombre acostumbrado al fuego... Como último recurso os habeis llevado á Elisa... No importa, volverá... La he prometido matarme, y esta promesa que todos hacen y nadie cumple, es de un efecto seguro. Vendrá.

ESCENA XVIII.

CELESTINO.—EL MARQUÉS.

CELESTINO.

Señor?

MARQUÉS.

Qué hay?

CELESTINO.

Doña Clara me ha dado un encargo para vos.

MARQUÉS.

Un encargo!

CELESTINO.

Dí á tu amo, de mi parte, me dijo, que ha nacido para representar el papel de don Juan Tenorio; que así lo confieso...

MARQUÉS.

Qué significa esto!

CELESTINO.

Y en prueba de ello, entrégale esta caja... (Se la dá.)

MARQUÉS.

La que apostamos esta mañana! Está bien. Vete. (Vase Celestino.)

ESCENA XIX.

EL MARQUÉS.

Tan amenazadora, tan altiva ha poco, y ahora confesarse vencida... proclamar ella misma su derrota... Marqués, vamos despacio. Quizás finje renunciar al combate para atacarme por sorpresa... El cálculo no es malo, pero yo no soy novicio. Así, Clara, no espereis ni tregua ni gracia: lo juro por esta caja que conservaré como trofeo de mi victoria.

ESCENA XX.

DON CLAUDIO.—EL MARQUÉS.

CLAUDIO. (Que ha oido las últimas palabras del Marqués.)

Eso lo veremos.

MARQUÉS.

Qué!..

CLAUDIO.

Que lo veremos! Vengo á que me deis cuenta de lo que aquí pasa.

MARQUÉS.

Que yo sepa... nada...

CLAUDIO.

Nada... y andamos con regalitos!

MARQUÉS.

Qué regalos?

CLAUDIO.

La cajita que Celestino os ha traido de parte de mi mujer. Esto no puede quedar así.

MARQUÉS.

Amigo mio!..

CLAUDIO.

Su amigo!.. No lo soy, ni quiero serlo,.. Me habeis sacado de mis casillas...

MARQUÉS.

Calmaos...

CLAUDIO.

No puedo... ni quiero... nos batiremos...

MARQUÉS.

Eso será una broma, supongo.

CLAUDIO.

Para bromas estoy yo... No señor... os batireis conmigo... me mataréis... ú os mataré... esto será mejor...

MARQUÉS.

Es posible que un hombre de tanto talento como vos... sed razonable ..

CLAUDIO.

Lo seré; pero con una condicion... La de que abandoneis inmediatamente esta casa.

MARQUÉS.

Es demasiado exigir...

CLAUDIO.

Demasiado!... Bien, pues nos batiremos.

MARQUÉS.

Vamos, calma... calma... (Le ofrece rapé en la caja de Clara.)

CLAUDIO (Tomando un polvo.)

Que me calme! que me calme, y no quereis marcharos... Yo os obligaré... voy por armas... (Váse.)

ESCENA XXI.

ELISA.—EL MARQUÉS.

MARQUÉS.

Se ha vuelto loco: eh! don Claudio... don Claudio...

ELISA.

Qué ruido es ese?...

MARQUÉS.

Mi querida Elisa!...

ELISA.

Qué os decia mi cuñado?

MARQUÉS.

Me echaba de esta casa.

ELISA.

Dispensadle, Marqués. Está celoso... sospecha de vos y de Clara.

MARQUÉS.

Espero que no sereis de esa opinion .. vos, que conoceis mis sentimientos, mi amor...

ELISA.

Marqués...

MARQUÉS.

Despues de lo que acaba de pasar, no puedo volver á esta casa... Sin embargo, vos me permitireis que siga viéndoos...

ELISA.

Oh! es imposible.

MARQUÉS.

Nada hay imposible... por la noche... en ese pabellon, donde acostumbrais á pasar largos ratos sola... cuya llave estoy viendo.

ELISA.

Es demasiado lo que exigís...

MARQUÉS.

Si no accedeis á mis súplicas, si me abandonais á mi desesperacion, sereis responsable ante Dios de mi muerte. (Toma un polvo.)

ELISA.

Cielos...

MARQUÉS.

Sí, señora, me mataré... pero no: es imposible que resistais á este amor... Atch. (Estornuda.)

ELISA.

Marqués, el sacrificio que me exigís es inmenso.

MARQUÉS.

Depende de él vuestra felicidad... Atch! Os lo suplico de rodillas.

ELISA.

Yo... no debo...

MARQUÉS.

Solo así po... podre... podrem... Atch! (Estornudando.)

ELISA.

Marqués...

MARQUÉS.

Por pie... pie... pied... Atch!...

ELISA.

Qué os pasa? qué teneis?

MARQUÉS.

No... sé... que... Atch!...

ELISA.

(Yo no puedo contenerme...) Já, já!..

MARQUÉS

Os... reis .. de mí... mi a...mor? Atch!

ELISA.

Qué gestos tan particulares!... Marqués, os suplico que no hableis de amor en tal estado.

MARQUÉS.

Atch... juro que... Atch! Atch!

ELISA.

El amor debe haberle constipado, á juzgar por lo que estornuda.

MARQUÉS.

Atch!... Señora... Atch... esto es horro...ro... Atcha.

ESCENA XXII.

DICHOS.—CLAUDIO, que trae una pistola en cada mano, y CLARA.

CLAUDIO.

Atch!... (Estornudando.)

CLARA.

Já, já, já...

CLAUDIO (Presentando las armas al Marqués.)

Elejid, y sal... salga... salgam... Atch!...

MARQUÉS.

Don Clau... Clau... Claud... Atch!

CLARA.

A duo!... já, já já..

ELISA.

Mi cuñado tambien!... Qué les pasa?

ESCENA XXIII.

DICHOS.—EL CORO.

CANTADO.

CORO.

Señor don Claudio—qué nos ha dado
que no paramos—de estornudar?

Haga que pronto—cese este horrible,
este contínuo—Atch!... Atch!... Atch!. . Atch!

CLAUDIO.

Es la betónica—tenga paciencia,
que estornudando—se sanarán.

CORO.

Ay! mi sordera—no tiene alivio:
Ay que no puedo—resistir más...

CLAUDIO.

Vayan al diablo—con sus dolencias,
váyanse luego—

CORO.

Atch! atch! atch! atch!

CLARA, ELISA Y EL MARQUÉS.

Toda la Granja—se ha constipado,
vaya un concierto—particular.

(El coro se aleja poco á poco empujado por don Claudio que trata de echarles fuera.)

ESCENA ULTIMA.

LOS MISMOS, MENOS EL CORO.

CLAUDIO.

Vayan al diablo con sus estornudos. Estas gentes quieren que el efecto de la medicina sea instantáneo... que cese cuando les plazca... La betónica es lo mismo que el rapé... Ya les pasará el estornudo como á mí se me ha pasado...

MARQUES.

Atch!... Quién pudiera decir otro tanto!

CLARA.

Habreis abusado probablemente de la caja que os he enviado...

MARQUÉS.

Como... la caja...

CLARA.

Era mi último ardid. En vez del rapé que contenia, puse en ella

esa yerba que mi marido considera como el remedio supremo para toda enfermedad...

CLAUDIO.

La betónica!

CLARA.

Contaba con sus efectos, y con el que en Elisa habia de producir un estornudo pertinaz é intempestivo. En la guerra todos los medios son buenos. Habeis sido ridículo por un momento... ya no os temo... Confesad, Marqués, que os he vencido.

MARQUÉS.

Todavía no.

CLARA.

Qué esperais...

MARQUÉS.

Yo tambien dispongo de un postrer recurso. Don Claudio, tengo el honor de pediros la mano de vuestra cuñada...

CLARA y ELISA.

Ah!...

CLAUDIO.

Su mano... Horror!.. quiere á las dos hermanas!)

CLARA.

Mi marido accede á vuestro deseo, y yo en su nombre os concedo la mano de Elisa.

ELISA.

Hermana mia... (La abraza.)

CLAUDIO.

Cómo!.. tú!..

MARQUÉS.

Señora, ved que capitulais!..

CLARA.

Pero con los honores de la guerra, Marqués.

CLAUDIO.

Mujer... mujer... y aquella carta...

CLARA.

Pregunta al Marqués á quién iba dirigida...

CLAUDIO.

Ah!.. ya comprendo...

CLARA.

Será un milagro de la betónica que te habia destinado el entendimiento.

CANTADO.

CLAUDIO.

Pero, seria un chasco
que mi remedio
á todos nos cogiera
de medio á medio;
y sin tomarle
tambien estos señores
estornudasen.

—

Cuando alguno estornuda,
todos acuden
á decirle solícitos
que Dios le ayude.
Y así esperamos
nos lo digais ahora,
mas con las manos.

FIN DE LA ZARZUELA.

Habiendo examinado esta zarzuela, no hallo inconveniente en que su representacion sea autorizada.—Madrid 20 de Mayo de 1861.
El Censor de Teatros, ANTONIO FERRER DEL RIO.

3 0112 117488061

PUNTOS DE VENTA EN MADRID.

Cuesta, calle de Carretas.
Moro, Puerta del Sol.
Durán, calle de la Victoria.

EN PROVINCIAS.

En casa de los comisionados del Centro General de Administracion.